

al aire su grito de victoria, tremolando sus banderas sobre el baluarte, cuando una terrible detonacion y la torre volando en mil pedazos, mezclados con los cuerpos de aquellos valientes, demostraron al ejército sitiador, que los moros tenian dominada aquella parte del muro, la habian volado, al ver que sus esfuerzos personales eran en vano para resistir al enemigo. Nueva brecha abren en breve los cristianos en otro lienzo de la muralla del arrabal, pero los soldados que penetraron por ella, envueltos en aquellas tortuosas calles, de intento asi dispuestas para la guerra, perdieron la existencia inútilmente, por mas que hicieran prodigios de valor. Con malos auspicios comenzaba la guerra: el desaliento empezó á cundir en el campamento cristiano: no faltaron algunos traidores y mal nacidos, que abandonando sus banderas desertaran á la ciudad, difundiendo en ella falsas noticias que envalentonaron á los moros, y les animaron á renovar sobre las estancias de Fernando furiosos ataques y salidas impetuosas; y en tal situacion, al ver Fernando que el valor de los soldados de Hamet comenzaba á infundir respeto en los reales cristianos, conociendo que el remedio mas eficaz para reanimar el entusiasmo era la presencia de la Reina, envió un mensaje á Córdoba, en donde la ilustre princesa residia atendiendo asi á la gobernacion de sus Estados como á proveer de cuanto necesitase el ejército, rogándole se presentara en el campamento. Sin vacilar ni un solo instante se puso en camino acompañada del cardenal de España y de otros elevados dignatarios de la Iglesia, de la infanta Isabel, y de gran número de damas y caballeros de su corte, que formaban lucida comitiva y presentóse de improviso en los Reales, despertando en todos los corazones un entusiasmo indescriptible, prenda segura de la victoria. «En todos los semblantes se veia «brillar la esperanza; parecia que el aspecto feroz de la guerra se «habia suavizado con la venida de una de las gracias, y de todas partes acudian al campamento jóvenes apuestos y valientes, ansiosos de «obtener el galardón de sus proezas de las manos de quien es mas «grato el recibirlo¹.» A pesar de tan favorables circunstancias, Isabel

¹ Prescott, citando á los escritores contemporáneos.

anhela poner término al cerco de Málaga sin mas derramamiento de sangre, y la justa saña del Rey católico se templó á su ruego hasta el punto de intimar de nuevo á los defensores de Gibralfaro y de la Alcazaba la entrega de la ciudad, ofreciéndoles en cambio toda clemencia. No faltaban mercaderes, labradores y propietarios, gente mas dada á las pacíficas tareas de la industria que á los sangrientos azares de la guerra, que quisieran de buen grado aceptar las negociaciones ofrecidas por D. Fernando; pero Hamet enfurecido contra los que prestaban oídos á los tratos de paz, ensangrienta bárbaramente sus armas contra aquellos pacíficos ciudadanos, y atribuyendo á falta de pólvora el silencio que la artillería cristiana guardaba desde la llegada de la Reina, rechaza con insolente respuesta la embajada de Fernando. Conociendo éste cual era la causa principal que tanta arrogancia infundia en el altivo Hamet, mandó que se hiciese una descarga general en todas las baterías á un tiempo, para que viesen los de Málaga cuan falsos eran los rumores que habian esparcido entre ellos, y que sobraban á los sitiadores cuantos aprestos bélicos eran necesarios para llevar á cima la comenzada conquista. La ciudad entera vaciló en sus cimientos ante aquella terrible descarga, que sembró el espanto y la muerte entre los soldados de Hamet; pero pasados los primeros momentos de estupor, consiguió el indomable Zegri infundir nuevo aliento á los suyos, y que decidieran morir antes que entregarse á las vencedoras armas cristianas.

Las poderosas máquinas de guerra proseguian entretanto su tarea de destruccion: las estancias del marqués de Cádiz puestas al frente del castillo de Gibralfaro eran visitadas por Doña Isabel, infundiendo con esto nuevos bríos en los defensores de aquella parte del campamento tan importante para el sitio. Pero cuando el caudillo moro, que sin cesar á todo atendia, vió desde los altos baluartes de la fortaleza al marqués de Cádiz afanado en festejar dignamente á la Reina, mandó poner en el mas alto torreón de Gibralfaro, como padrón de vergüenza, el estandarte cogido al altivo marqués en la Rota de la Axarquía.

Aquella provocacion era un duelo terrible, y el marqués de Cádiz lo aceptó dignamente: certero y sostenido fuego envolvió durante veinte y cuatro horas en espesa nube de polvo y humo el castillo, y la torre donde con tanta imprudencia habia sido desplegada la enseña de D. Rodrigo quedaba del todo desmantelada, mientras reducidas á escombros otras menos fuertes, dejaban en los muros ancha brecha, abierta al impaciente valor de los soldados del marqués. Bien hubieran querido éstos lanzarse por ella á la ciudad; pero las sombras de la noche lo impidieron, valiéndose en cambio de ellas, con astucia poco digna, los de el Zegri, para caer rudamente sobre el campamento del de Cádiz, acaudillados los feroces gomeles por Ibrahim-Cenete, segundo de Hamet. Descansaba el marqués en su tienda abrumado por la fatiga, cuando oyó el ruido de la pelea que trababan sus soldados con los malagueños; y levantándose indignado ante aquella cobarde acometida, lanzóse en medio de los suyos, animóles con su voz, y tan poderosa fué la resistencia á pesar de la sorpresa, que los sarracenos tuvieron que replegarse al castillo, llevando herido de una lanzada á su atrevido gefe Ibrahim-Cenete.

El cerco en tanto estrechábase cada día: Málaga, que esperaba ser socorrida por Muley Audalla, sabia con desaliento que habia sido derrotado por Boabdil, llevando este su humillacion hasta el punto de noticiar á Fernando aquella victoria, y de enviar á la Reina Isabel un magnífico regalo de preciosas telas de seda y oro, de perfumes orientales, de caballos, armaduras, vestidos, y joyas de subido precio y primorosa labor: el Rey de Tremecen, deslumbrado por el creciente poderío de los reyes católicos, solicitaba al mismo tiempo su amistad y hasta su proteccion, quitando así á los sitiados toda esperanza de recibir de África auxilio alguno: los viveres escaseaban en la ciudad: el hambre comenzaba á hacer presa en sus defensores: los habitantes de Málaga desfallecidos y desesperados pedian la paz; pero Hamet-el-Zegri resuelto á morir, antes que entregarse, despertando el fanatismo musulman, procuraba resistir hasta el último trance.

Todo hacia predecir que no estaba lejano para las armas de Castilla

el momento decisivo del triunfo, cuando un acontecimiento extraordinario, estuvo á punto de segar en flor tantas esperanzas, y de apagar de un solo golpe la estrella benéfica que con la cruz de su inteligencia, guiaba á Castilla á un venturoso porvenir. Atravesando sierras y precipicios, acercábase á Málaga, seguido de cuatrocientos gomeles, una especie de profeta ó santón moro llamado Abraham-el-Gerbi, que habia pasado su vida en el desierto, y que juzgándose inspirado, anunciaba que Dios por medio de los ángeles de Mahoma le habia revelado la manera de libertar á la Ciudad, y de destruir á sus enemigos. Llegaba á las cercanias de Málaga el fanático musulman, en ocasion que una partida de cristianos habia salido á hacer un reconocimiento militar. Trabada la lucha, algunos gomeles consiguieron penetrar en la plaza, huyendo del acero castellano, y otros perecieron en la contienda; pero encontrando los vencedores en medio de ella, al santón con las manos levantadas al cielo en actitud de orar y como si estuviese arrebatado en éxtasis, le prendieron sin que opusiera la menor resistencia, conduciéndole en seguida al pabellon real, pues dijo que tenia importantes secretos que revelar á los reyes. Dormian estos á la sazón, y no juzgando prudente sus caballeros despertarlos, llevaron al prisionero entretanto á la inmediata tienda, en que se hallaba la íntima amiga de Doña Isabel, la marquesa de Moya, jugando á las damas con D. Álvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza, pariente de la reina. Engañado el moro por el aparato del pabellon, y por la apostura de la dama y del príncipe, los confundió con los reyes, y sacando de improviso una cuchilla de debajo del albornóz, le asestó contra el de Portugal, causándole tal herida en la cabeza, que le derribó al suelo: con rapidez indescriptible revolvió en seguida contra la marquesa, dándole una estocada, que por fortuna se embotó en los bordados de su vestido: repitió el golpe, pero el acero tropezó en unos palos de la tienda; y ya se disponia á asestar de nuevo cuando las espadas de los caballeros cayendo sobre el asesino, cortaron en un momento su audacia y su alevosia. Al ruido que esto produjo, despertáronse los reyes, que despues de dar gracias á